

CORO SEGUNDO

813 Ven, Himeneo, y los pavos reales que tiran de la carroza de Juno (a los cuales se puede llamar «volantes pías» por volar y porque como jacas tiran del carruaje, y como jacas pías tienen —si no la piel— la pluma manchada de varios colores por los redondeles como ojos azules que ostentan) conduzcan a aquella diosa que preside el coro de las divinidades. Que ella sea fiadora de estos lazos que tú hoy anudas, y sólo pueda desatarlos, allá en una dichosa vejez, el transcurso del tiempo. Y la que hoy, con nombre de Juno asiste a la desposada, bajo su otra apariencia de Luchina, protectora de los partos, visite tantas veces en distintas lunas los umbrales de la esposa —asista tantas veces a sus felices partos— que el mundo la llegue a admirar por su fecundidad como a una inmortal Niobe (no como a la verdadera Niobe que orgullosa de sus muchos hijos fue por venganza divina condenada a perderlos todos, quedando ella convertida en un mármol, fecundo para su propio mal, y escollo hoy del río del olvido). Ven, Himeneo...

CORO PRIMERO

826 Ven, Himeneo, y haz que nuestra agricultura, merced a la ayuda de favorables constelaciones, obtenga de esta pareja tantos hijos y tan robustos que con su mano domen toros e inunden liberalmente la tierra de un rubio mar de espigas; tantas ovejas posean, que al pastar en el llano verde, joven y floreciente, lo tornen cano con su número y en pocas horas le coman todo el verdor; aceite expriman, como oro líquido, al fruto de la oliva, árbol consagrado a Minerva; sean, por último, ricos en vinos, y asociados las vides, plantas de Baco, con los olivos, árboles de Hércules, coronen a Hércules de racimos, mientras Baco (por otro nombre Lico),

abrazado al tronco, empuña en el tronco del olmo la misma maza de Hércules. Ven, Himeneo...

CORO SEGUNDO

839 Ven, Himeneo, y haz que la esposa, apenas hija hoy, madre mañana de dulces doncellas, consagre tantas hijas suyas a Pales, como a Pallas, que tantas hijas suyas sigan el culto de Pales, guardando corderos, como el de Pallas, rejiendo lino. Unas, cubran la floresta de linos errantes, de miles de corderos que visitan el río con su breve y undosa lana. Otras, modestas, dibujen en blancas telas la arrogancia vana de aquella Aracne que quiso competir con Pallas en el arte de tejer, y que, vencida, fue convertida en araña; mas no representen en sus telas (como hizo la imprudente Aracne en el acto mismo de su contienda con Pallas) las varias transformaciones que Júpiter llevó a cabo para poseer a sus distintos amores (en cisne para ganar a Leda, en lluvia de oro para llegar hasta Danae...) porque no hay que fiar de lluvias de oro ni de blancos cisnes, aunque sólo se trate de vanas representaciones en lino. Ven, oh Himeneo...

852 El dulce y alterno canto de estos dos coros volvió a conducir, desde el vecino y santo templo hasta la casa, a los novios, que volvían, con las cervices apenas domadas por el yugo del matrimonio que les acababan de imponer, lo mismo que una pareja de novillos que, después de haber arado un pequeño espacio de tierra, volverían, arrastrando el pendiente arado, al pajizo albergue que los aguarda.

859 Llegaron todos, pues, a la casa, y allí el anciano suegro del desposado invita con cortés magnificencia a todos los labradores que de la tierra y de la llanura habían venido a las bodas, a que participen en la rústica pero abundante comida que en unas grandes mesas hace prevenir con orden y silencio.

865 ¡Allá el cortesano repostero alardee de tizadas y blancas figuras, hechas por medio de artificiosos dobles con los adamascados manteles flamencos!: que aquí, sin tanta ostentación, se ofrecen ahora, en manteles caseros de lino, todos los frutos que la diosa Ceres hace madurar y el heno entre sus pajas conservó. Pomos o frutos tan dulces, tan sabrosos, que, arrojados a Atalanta la hubieran hecho detenerse en su carrera (lo mismo que aquellas tres manzanas de oro con que su pretendiente Hipomenes logró entretenerla mientras corría, adelantándola y ganándole así el premio que era la propia mano de la doncella).

782 Sirven a los convidados manjares de los que nada sabe el veneno que turba las comidas de los reyes, ni el apetito y gula de los cortesanos. No les dan a beber el licor de Baco encubierto en ostentosos vasos de oro y plata, sino en vasos de cristal diferentes vinos, que al confundir sus colores fingen topacios rojos y rubies pálidos.

879 Llegó luego, pretendiendo apagar en los estómagos de los comensales el fuego gustoso de los vinos, el rubio quesillo, suave como la cera, que habría sido delicadamente modelado por una mano rústica, vaquera, hermosa, blanca: tan blanca, que sólo sus venas podrían distinguirla de la leche. Mas, ni el queso, ni la nuez esquivá, que encarcelada en su cárcara parece negarse al que la quiere comer, ni el arrugado membrillo tampoco, pudieran serenar el fuego de aquel diluvio de vinos, si no estuviera allí la sabrosa aceituna, fruto de la oliva (cuya rama sirvió ya otra vez de término a otro diluvio: al universal).

890 Levantadas pues las mesas, entraron al sitio donde se celebraba la comida doce labradoras, repartidas en grupos de a tres, que venían danzando muy acoradamente al son de una siringa (instrumento que Pan formó con las cañas en que la niña Siringa, persegui-

da por él, se había transformado); seis de ellas procedías de la montaña, seis de la llanura; por sus espaldas caía el sutil oro de sus cabellos, sujetos, porque el viento no los desordenase, con unas bien tejidas cintas color de nácar. Y una de ellas, que podríamos llamar musa si el Parnaso consintiera rústicas moradoras, comenzó a decir así:

900 «Vivid felices hasta una provecta edad, nunca cansada o penosa; y si lo fuera, vivid siempre, oh esposos, unidos por los amorosos lazos. Y que aquella de las Parcas, Cloto, de cuya hilaza depende nuestra vida, hile para vosotros, trasladándolo desde la rueca alta y falta al breve huso, un estambre tan dichoso que por la blancura venza a la nieve y por el resplandor parezca plata cardada.

908 Que en vuestros negocios la fortuna os sea propicia. Que el campo, agradecido a los trabajos con que la reja y la azada parece que hostigan e importunan a la tierra, responda fecundo, dando, en los desiguales días de verano y otoño, trilladas espigas de oro y exprimido néctar de uva.

916 Tantos sean vuestros ganados, que se puedan contar las copudas encinas y los morados cantucos del monte antes que vuestras cabras, siempre errantes de un punto a otro, antes que vuestras vacas, tarde o nunca herradas a causa de su multitud.

820 Tantos corderillos os dé la ribera, que su número exceda el de las menudas hierbas y el de las perlas líquidas del rocío, los cuales, esquilados por la tijera, os den más vellones de lana que blancas espumas tiene el río.

826 Vuestras abejas habiten tantas pequeñas colmenas de rústica construcción y os desfloren tantas primaveras —chupen para vosotros el néctar de tantas flo-

res— que los corchos de vuestros panales rezumen por toods sus poros el oro líquido de la miel, lo mismo que la Arabia, madre de los perfumes, ve sudar fragantes gomas a los sagrados troncos de sus árboles.

833 Sea próspera vuestra fortuna, mas no tan excesiva que llegue a despertar el recelo de vuestros vecinos, ni tan aparatosa que crezcan en vuestra aldea más áspides de envidia que en los mismos infierros. Entre los dos extremos de opulencia y de necesidad, destinen las edades a vuestros descendientes una competente y proporcionada medianía, previniendo así los dos males: el del exceso y el del defecto. Allá las ciudades se adornen con los altos obeliscos del poder y de la grandeza, cuyos remates están aún más expuestos a los rayos del sol, mientras a la pobre choza del pastor perdona el cielo que lanza sus rayos sobre la floresta.

946 Cisnes en blancura, cano ya por la mucha edad el caballo de uno y otro, os sorprenda en esta quietud del estado de labrador la hora postrera de la muerte. Y la piedra de vuestro sepulcro hable a los que han de venir, desengañando a muchas generaciones futuras con las pocas letras de su inscripción.»

951 El último acento de la culta canción puso fin mudo al baile, al tiempo que la novia, acompañada de otras muchas villanas, sale a la verde y florida empalizada donde se van a celebrar los juegos. Sale tan bella, tan resplandeciente y ataviada, como sale el ave fénix cuando acaba de renacer, vestida con sus flamantes plumas que parecen rayos del sol matutino, y acompañada de toda la monarquía canora de los pájaros, y se va volando por entre nubes, hasta coronar las espumas del Nilo, rey de los otros ríos, en cuyas orillas el viento sólo encuentra ahora los desiertos y gigantescos espacios que ocuparon antes las pirámides, trofeos funerales y bárbaros que a sus faraones erigió el Egipto.

965 Los mismos árboles que habían servido antes para fingir un bosque en las afueras del pueblo, quitados ahora del ejido, quedan formando un a manera de umbroso coliseo, que va a servir de palestra olímpica a valientes y desnudos labradores. Apenas había llegado la desposada, cuando salen ya a dar ferroz y ardiente muestra de la potencia de sus músculos, dos robustos luchadores, más cubiertos por la negra pelambre de su vello que por los lienzos blancos con que escasamente se visten.

975 Se abrazaron los dos, y aprisionándose recíprocamente, se esfuerzan en derribarse el uno al otro, con tal violencia, que el que de los dos no llega a sudar fuego líquido, parece por lo menos que respira ardiente humo. Cogidos así cada uno a sus contrario, semejan olmo abrazado por vid trepadora y hiedra tenaz prendida al muro que ofrece el otro. Si no son el mismo Hércules, parecen por lo menos aquel mañoso Anteo, gigante hijo de la Tierra, que luchando con Hércules cobraba nuevas fuerzas cada vez que tocaba el campo, de tal manera que cuando caía y ya semejaba vencido, se levantaba de nuevo con mayor vigor: del mismo modo los dos luchadores procuran derribarse, y si caen, se vuelven a levantar como pinos que tuvieran sus raíces en los senos más profundos de la sierra. No pudo ninguno de los dos vencer al otro, por lo que fueron ambos igualmente premiados. También ciñó la gloriosa rama de vencedor las sienes de otros cuatro que combatieron después. Y con esto se puso término a la lucha.

988 Rayaba el sol ya únicamente las dos terceras partes del teatro (pues eran ya las horas de la tarde en que el astro empieza a descender) cuando un arrogante joven se presenta y desafía al salto a toda aquella bárbara corona—a toda aquella multitud de rústicos— que llena el anfiteatro y está escuchando sus palabras. Como premio del animoso desafío se señala un pardo gabán

que queda extendido en el verde suelo; y, movidos por el deseo de lograrlo, se lanzan al campo ocho o diez soberbios montañeses, lo mismo que desde lo alto suele lanzarse una turba de envidiosos pájaros a los ojos del búho que viste perezosas plumas (ave en que fue transformado por Proserpina Ascálaro, hijo de Aquironte). Uno de los mozos, cargadas sus manos de pesadas piedras, pondera su agilidad; tal otro deja en libertad sus nervios y se estremece todo él gallardamente.

1002 El pie desnudo del ágil mozo que había desafiado a los demás besó la raya desde la cual tenía que iniciarse el brinco, y, levantándose airosamente del suelo, saltó como tres veces lo que de terreno pudiera ocupar un dardo.

1006 Apenas pudieron arquear las cejas los circunstantes, convertidos en mármol por la admiración, mientras que los otros mozos competidores en el premio, apenas si se atreven a moverse, que tal hielo les pone el miedo en los pies. Pero un grueso vaquero, que era como un membrudo y fuerte roble de aquellos montes, ágil a pesar de su robustez, movido, aunque villano, por un noble impulso de gloria, se lanza a saltar, y se arrebata al aire, haciendo tanta violencia a su gravedad, que su propio peso lo derriba a tierra, como a un nuevo Icaro, no ya del océano, sino de la montaña, puesto que al caer sirve de duro piélagro o consistente mar a su ruina, no las olas como a Ícaro, sino el seno blando de la menuda hierba.

1019 Siguió a éste otro serrano más ceniceño, recio y curtido que él, el cual es tan ágil, que iguala y aun excede al hambriento leopardo, al travieso corcillo, y hasta al mullón de Cerdeña, animal tan ligero que puede trepar de las rocas a la marina sin dejar ni aun la más pequeña señal de la bipartida pezuña. Este ágil vaquero, con mejor éxito que el anterior, llegó casi a pisar las huellas del que había saltado en primer lugar.

1030 Sale por último otro, y salta como si accochara la tierra y pisara el aire. Y una vez que todos estos fueron premiados conforme a sus méritos, atrajeron la atención de todos los circunstantes otros mozos que iban a competir en velocidad. Unos eran serranos y otros labradores de la llanura, pero tan ligeros todos, que parecían cierzos del llano y austros de la serranía, tanto, que, cuando Ceres dora la mies, ya a punto para la siega, y cuando Neptuno desde sus hondas grutas platea y riza las aguas del mar, los vagos pies de pluma de estos mancebos, podrían surcar el océano de las mieses y pisar el campo de las olas, sin tocar las espigas, sin rozar las espumas.

1042 Veinte era su número, y los veinte salen dirigidos hacia dos olmos que están esperando servir de frondosas metas y de palios verdes a los corredores; salen, como de los torcidos arcos de nervio o de acero, con un silbido unísono, veinte disparadas saetas.

1048 No oculta el polvo el campo, porque, mejor que correr, parecen volar, y alas no pueden pisar hierba. El más torpe de todos ellos huye como una cierva herida; el más tardo desvanece la vista de los espectadores; y para seguir al más lento resulta coja la más veloz imaginación.

1045 La larga carrera abarcaba casi la tercera parte de una milla, por lo que los olmos, árboles consagrados a Hércules y término de la prueba, parecían pequeños a causa de su lejanía. Pero las ligeras plantas de tres ágiles zagales salvan la distancia con tal igualdad que ya no saben los jueces a cuál habrán de adjudicar el premio.

1061 No abrazó Apolo con más firmeza ni más estrechamente los fugitivos miembros bellos y dulces de la desdñosa Dafne, virgen hija de Peneo, en la corteza del laurel en que se acababa de convertir la ninfa, no

más fuertemente que los tres zagales abrazaron con triple nudo las duras bases de los dos olmos que servían de gloriosa meta. Que si Hércules hubiera sido árbitro y tuviera que juzgar en sus propios árboles, dudo que ni aun él mismo hubiera podido decir el caso, aunque todas sus hojas se hubieran convertido en ojos del más agudo lince.

1072 En tanto que queda indeciso a cuál de los tres zagales se le debe el palio de vencedor, y mientras la carroza del Sol baja a refrigerarse en las ondas del mar, el dios de las bodas, para que el galán esposo temple también su deseo en los brazos de la desposada, anticipa la aparición del lucero Venus (purpúreo heraldo por la mañana, cuando sale por oriente, cerúleo heraldo por la tarde, cuando se pone en el mar, de los dos dudosos crepúsculos del día).

1080 El padrino de las bodas resuelve el juicio de la carrera, indeciso al parecer de todos los circunstantes, dando a cada uno de los tres corredores un corvo cuchillo de limpio acero. Y cuidadosa Juno, Amor no descuidado (dioses que presiden a las nupcias), vuelven los esposos, al son de otra zampoña que va guiando un coro de hermosas serranas que paracen niñas, y de gallardos montañeses que semejan lascivos sátiros: vuelven así hasta su casa, que luce coronada de luminarias como estrellas fijas y de cohetes que son como astros fugitivos y se deshacen en un estampido humeante.

1091 Llega todo el lugar acompañando a los novios hasta la puerta, y despedido allí, Venus (no la diosa protectora de los amores lascivos, sino la de los castos), que ha preparado ya el tálamo con las más blancas plumas de los cisnes de su carroza, hace entrar a los novios en la estacada, no dura, sino mullida y de dulce combate. Pues como Amor es un dios con alas, Venus, hija de las espumas del mar, ha dispuesto sabiamente que para las batallas del amor los campos sean de pluma.